adelante; y como era hora de recibir visitas lo llevó en derechura á la sala, donde Daniel se sonrió pensando en el efecto que produciría su presencia.

—¿A quién debo anunciar?

—Al señor Smith.

La sala era grande y estaba lujosamente amueblada; para observarlo le bastó una rápida mirada, que le mostró también á su esposa, con su sombrero y su abrigo puestos todavía y hablando con otra señora en el extremo opuesto de la habitación. Al anunciar la criada su nombre volvióse, sorprendida, aquella señora y Daniel se olvidó por completo de Josefina para no pensar sino en que por fin se hallaba cara á cara con Lucy Boucher.

Ella le conoció en seguida y fué tal su sorpresa que no vió la expresión de temor en el rostro de Josefina ni oyó el ligero grito que salió de sus labios. Jorge Manders, el hombre á quien tanto había buscado y deseado ver durante años, se hallaba en su presencia, iba á verla voluntariamente. Lo primero que se le ocurrió fué que lo había juzgado mal, que él tenía sus razones para haber aplazado su entrevista hasta entonces y que por fin iba á saber todo lo referente á la muerte de su padre.

Todo esto pasó por su mente instantáneamente, y corrió hacia Daniel, ansiosa, tendiéndole las manos.

—¡Vd.!—exclamó.—¡Por fin, al cabo de tantos años! ¡Oh, cuánto me alegro de volver á verle!

Naturalmente, Daniel no pudo negarse á estrechar su mano, pero la sorpresa lo dejó mudo por un momento. Josefina vió aquella escena, vió que ambos se conocían y sin aguardar más salió de la habitación, fué á su cuarto y se encerró en él. Ni su marido ni Lucy parecieron notar su ausencia.

—¡Y Lucy me dijo que no le había visto nunca!—exclamó.—¡Pobre Alain!

CAPÍTULO XIX

Lo que sabrà Manders

La cordial acogida que Lucy hizo al hombre á quien sólo conocía con el nombre de Jorge Manders fué dictada por el egoísmo. Su presencia no le causaba satisfacción, pero sí le daba la esperanza de disipar todas las dudas y misterios que rodeaban la muerte de su padre. Ansiosa de conocer las circunstancias de aquella desgracia, por dolorosas que fuesen, nunca dudó que Manders había ido allí con el propósito de informarla, ni podía imaginarse que la señora Bourchier por quien había preguntado fuese la infortunada Josefina. Después de la bienvenida dictada por el primer impulso, recordó Lucy las ansiedades y disgustos que le había causado aquel hombre negándose á descubrirle lo que ella tenía derecho á saber; y aquel recuerdo convirtió su alegría en irritación y su amable sonrisa en fría reserva.

—Ya que ha venido Vd. por fin, tome asiento y hable.

Daniel se sentó, pero no dijo una palabra. Aquella situación lo sorprendía totalmente desprevenido, pero aun cuando hubiese podido hablar se hubiera guardado muy bien de revelar á Lucy toda la verdad. De ella no podía obtener dinero; el único resultado de una revelación en aquel momento sería cuando más un acto de venganza, un golpe cruel para Bourchier y Alain, pero nada más. Y lo que Daniel buscaba era dinero, no venganza.

Además, faltaba convencer á su oyente de la verdad de sus revelaciones. Para que ésta las comprendiera bien y pudiese apreciar hechos y motivos, precisaba hablarle de la historia de su familia, cuyos detalles ignoraba en absoluto, cosa que Daniel sabía muy bien. Había que explicarle como la Casa Roja le pertenecía legalmente á ella y descubrirle que ella y Alain eran primos hermanos. Toda

aquella historia, sin más pruebas que el dicho de Daniel, parecería absurda á una mujer de clara inteligencia como Lucy. Los documentos fehacientes los tenía Josefina, y Daniel deploró más que nunca el momento de arrebato que le había impulsado á golpear su esposa y que había determinado la fuga de ésta. Pero Lucy aguardaba sus explicaciones.

—Hable Vd., pronto, dijo ésta, en tono imperioso. Bastante tiempo ha ocultado Vd. la verdad.

Pero á Daniel le convenía que siguiera oculta. Su objeto era ganar algún tiempo y sobre todo impedir que Lucy comunicase á su marido y á Josefina cuanto sabía sobre sus antecedentes.

—Tengo que reflexionar, dijo, concédame Vd. algunos instantes.

Muy corto tiempo le bastó para idear numerosos planes encaminados á asegurarle el silencio de Lucy. Sabía que toda su trama se desplomaría desde el punto y hora en que Alain supiese quién era él; por consiguiente, importaba impedir que Lucy hablase, empleando para ello el engaño ó la amenaza. Estaba resuelta á no retroceder ante bajeza alguna, ni aun ante el crimen, para conseguir aquel fin.

Lucy le contempló maravillada del cambio extraordinario que en él habían producido aquellos pocos años. No sólo mostraba claras huellas de su disipada vida, sino también las muy profundas que en él habían dejado los últimos meses, con todas las emociones y ansiedades del juego. La joven notó que vestía bien y que su aspecto y sus maneras eran los de un hombre de buena posición; pero vió también que su rostro había tomado una expresión siniestra que antes no tenía habitualmente y que ella sólo había visto en raras ocasiones, cuando no se creía observado. Preguntábase cómo había ella podido sentir un día estimación por aquel hombre y tambien cuál sería entonces su ocupación, pues demasiado sabía que al separarse

de Manders contaba éste muy escasos recursos. Tampoco podía haber seguido la carrera artística á que entonces aspiraba; de lo contrario Lucy hubiera oído su nombre mucho antes.

—Supongo que ya ha tenido Vd. tiempo suficiente para reunir sus recuerdos. Hable Vd. ahora, le dijo.

—¡Tengo tanto que pensar y que decir! contestó él, á manera de excusa.

—Pues dígalo Vd. ¿Con qué derecho guardó silencio cuando sabía todo lo que yo anhelaba tanto conocer?

—Creí que era lo mejor que podía hacer. Como lo creo ahora, Lucy.

—He olvidado decirle á Vd. que mi nombre no es ya ése; soy la señora de Bourchier.

—Lo sé muy bien. La señora de Alain Bourchier en privado, la señorita Francini en público. Permítame Vd. siquiera felicitarla por sus triunfos.

—Gracias. Y ahora dígamelo Vd. todo.

—¿Qué quiere Vd. saber? preguntó él resueltamente, como si por fin hubiese tomado una resolución.

—Quiero saber cómo, cuándo y dónde murió mi desgraciado padre.

—Fué asesinado...

—¿Por quién?

—No puedo decirlo.

—¡Me lo dirá Vd.! exclamó Lucy dejando su asiento y golpeando el suelo con el pié.

—No me es posible porque hasta ahora no lo sé, pero puedo averiguarlo.

—¿Qué puede Vd. averiguarlo y no lo ha hecho todavía? repuso ella sorprendida.

—No lo he hecho porque así lo he creído preferible.

—¿Y quién le ha dado á Vd. el derecho de juzgar en tal asunto? ¿Quién ha podido autorizarle para dejar impune al asesino? ¡Yo le hubiera arrastrado al patíbulo con mis propias manos!

Su cuerpo temblaba y brillaban sus ojos. Nunca en la escena había aparecido más sublime ni mostrado emoción más profunda. Entonces comprendió Manders cuán terrible para Bourchier y Alain sería su cólera el día en que supiese toda la verdad.

—¿Dónde murió? ¿En Londres?

—Creo que sí...

—¡Creo que sí! repitió Lucy con expresión de infinito desprecio. Pero entonces, dígame Vd. lo que sabe de cierto.

—Sé que fué atacado y asesinado.

—¿Y el motivo? ¿Fué por robarlo? ¿Nada más?

—Sí, dijo Manders lentamente. Entiendo que llevaba consigo algunos valores...

—¿Pero qué sabe Vd.? No parece sino que duda Vd. de todo. ¿Puede Vd. decirme por qué cree lo que dice creer y cómo ha averiguado lo que sabe?

—No, no puedo.

—O no quiere.

—Pues bien, no quiero decirlo ahora.

—Por lo menos dígame Vd. el verdadero motivo de su precipitada partida, por qué me escribió aquella misteriosa carta y también por qué ha procurado Vd. no verse conmigo hasta ahora.

Manders la miró resueltamente y dió á sus ojos una expresión apasionada.

—¿No recuerda Vd. cómo nos separamos? preguntó con dulce voz. ¿Acaso las mujeres olvidan tales cosas?

—Lo recuerdo, dijo Lucy con la mayor frialdad.

—La pasión me enloquecía. Parecíame imposible vivir en el mismo país que Vd. Me hallaba en tal estado que hubiera podido matarla y matarme. ¿No ha oído Vd. hablar de arrebatos parecidos?

Lucy inclinó la cabeza.

—Mi objeto era entonces poner el mar entre los dos, huir y permanecer ausente hasta haber recobrado la calma. Entonces, poco antes de partir, supe algo sobre la muerte de su padre y lo supe de una manera casi milagrosa. Aquello me sirvió de excusa para explicar mi cobarde conducta, el abandono en que la dejaba á Vd. en tan angustiosos momentos. Poco me importaba dar una ú otra explicación, porque creía que no volveríamos á vernos.

—Y sólo consiguió Vd. que yo me empeñase en descubrir su paradero, dijo Lucy; y su acento revelaba tal incredulidad que Manders se apresuró á añadir algunas explicaciones.

—Yo era entonces muy joven y muy necio; Vd. recordará que siempre me gustaron los golpes de efecto y el aparato teatral. Esto puede explicar mi conducta.

¿Mentía ó decía la verdad? Recordando todo lo que Manders hizo y escribió en aquellos días de amarguras y temores, sentíase Lucy casi convencida de que las explicaciones del joven eran un tejido de falsedades. Y aun se preguntaba si él mismo, el amigo de Juan Boucher, habría tomado parte en el asesinato. Aquella horrible sospecha la hizo palidecer, y luego, agitándola violentamente, le dictó su respuesta.

—Creo que miente Vd. y que algo me oculta. Ignoro qué es y también el motivo de esa ocultación. Dice Vd. que mi padre fué asesinado y Vd. parece ser el único que lo sabe. Por consiguiente, si no lo aclara Vd. todo, le haré prender y le obligaré así á confesar lo que sepa, aunque sólo sea para justificarse de la acusación de asesinato.

El rostro de Daniel se contrajo. Conocía el carácter de Lucy y sabía que sus amenazas no eran vanas.

—Eso es hablar á tontas y á locas, dijo con toda la serenidad posible. Si me escucha Vd. le probaré que procedo de buena fé. Siéntese Vd.; no me gusta hablar con una persona que permanece de pié delante de mí.

Lucy tomó asiento; la tranquilidad del joven le probó

que su acusación era infundada, y en tal caso pronta estaba á ofrecerle sus excusas.

—Sírvase Vd. dar las órdenes necesarias para que nadie nos interrumpa; ni aun su esposo.

—El señor Bourchier está fuera de la ciudad, dijo ella, tocando el timbre y dando las órdenes requeridas al criado.

La ausencia de Alain era una buena noticia para Manders, quien pensó que si pudiese averiguar cuánto duraría aquella ausencia mejoraría mucho la situación.

—Hace poco le dije, comenzó, que si bien sólo conozco algunos hechos en general, puedo averiguar todos los detalles. Si así no lo dije, me proponía decirlo cuando las preguntas y las locas acusaciones de Vd. alteraron el curso de nuestra conversación.

Acentuó mucho lo de «locas acusaciones» y Lucy se ruborizó ligeramente, comprendiendo que había hablado con gran precipitación.

—Si quiere Vd. seguir mi consejo, continuó Manders, se contentará con lo que le he dicho; pero si insiste Vd. en saberlo todo, yo la pondré en camino de conseguirlo.

—Deseo saberlo todo, dijo Lucy resueltamente.

—Muy bien; no combatiré decisión tan firme. Pero escúcheme Vd. y procure comprender bien lo que voy á decir.

Hablaba seriamente. Lucy hizo una señal de asentimiento y esperó.

—Vd. comprenderá, dijo Manders tras una pausa, que cuando un particular como yo obtiene la clave de un crimen que ha burlado todos los esfuerzos de la policía, es porque existen circunstancias excepcionales, probablemente circunstancias que el interesado desea ocultar.

Lucy lo comprendía perfectamente. Su interlocutor volvió á detenerse para elegir y pesar con cuidado sus palabras. Se hallaba en el caso del viajero que fuese abriéndose paso á paso una senda, sin saber á dónde le conduci-

ría, pero convencido de que jamás podría volverse atrás. De aquí la necesidad de prudencia suma.

—En una palabra, bien puedo decir desde ahora que muchos jóvenes, lanzados en el torbellino de la vida aquí en Londres, observan una conducta de la que se avergüenzan después y alternan con personas que á duras penas se atreverían á nombrar.

También esto lo comprendía Lucy, por más que le pareciese poco probable que Manders se avergonzase de sus fechorías ni de sus compañeros de aventuras.

—No vaya Vd. á figurarse que yo me trato con ladrones y asesinos; pero otras personas que los tratan pueden haberme hablado á mí, ó delante de mí.

Y seguro de que su franqueza no dejaría de convencer á Lucy, prosiguió animosamente:

—Creo que lo dicho basta. Me avergüenza el tener que referirme á aquella época de mi vida. ¿Puede Vd. imaginarse ahora cómo llegaron hasta mí determinados informes, sin que yo tuviese participación directa ni indirecta en el crimen? De lo contrario, prescindiré de toda reserva y le daré á Vd. detalles completos.

—Prescinda Vd. de los detalles, dijo Lucy. Comprendo muy bien.

Despreciaba á Manders, pero en aquel caso le parecía que decía la verdad Por desgracia había formado siempre muy pobre concepto de él y le suponía falto de imaginación, error que favoreció á Manders.

—Gracias, repuso éste. Y ahora, conste que jamás he olvidado este triste asunto. Hoy puedo ponerla sobre las huellas del asesino, hasta descubrirlo y hacerlo ahorcar si Vd. quiere.

—¡Oh, sí! eso es precisamente lo que quiero.

—No he sabido estos detalles hasta hace muy pocos días. Pero ahora los tengo completos. Sin embargo, debo exigir á Vd. una promesa.

—¿Cuál? exclamó Lucy muy conmovida.

—Hay que dejar libre é impune á una de las personas menos culpables. No sé su nombre y quizás no lo sepa nunca. Pero nos pondrá sobre la pista, con tal seguridad que no escapará uno solo de los asesinos.

Manders se iba interesando en su propio relato, como le había sucedido ya otras veces; y el resultado fué un acento tal de sinceridad, que desvaneció las dudas de Lucy.

—Perdonaré al denunciante, dijo, si es indispensable.

—Lo es. Otra cosa; prométame Vd. un secreto absoluto, no decir ni una sola palabra de todo esto, durante una semana, ni aun á su esposo. ¿Me lo promete Vd.?

—No veo que sea necesario, dijo Lucy, que se vanagloriaba de no haber ocultado jamás á su marido una acción suya.

—Es indispensable, he dado mi palabra. Si me hace Vd. esa promesa, la pondré frente á frente del hombre de quien hablo, el que ha de quedar en libertad, dentro de uno ó dos días. El lo sabe todo y lo dirá todo, pero sólo á Vd. Por lo que he oído, dará informes completos. Después hay que concederle algunos días de gracia para ponerse en salvo y entonces podrá Vd. encomendar el asunto á su abogado.

—¿Por qué no va Vd. conmigo á ver á mi abogado el señor Trenfil, ahora mismo, para oir su opinión?

—Porque he hecho la misma promesa que recabo de usted.

Lucy guardó silencio. Le disgustaba soberanamente todo misterio. Manders dejó su asiento.

—Será lo que Vd. decida, dijo, pero nada más puedo hacer. Aun cuando tratase Vd. de hacerme hablar, empleando los medios de coacción que pudiera darle la ley, sería inútil. Lo único que puedo decir lo he dicho ya. No sé los nombres, no conozco á las personas y en cambio se dará la señal de alarma á los culpables y quedará burlada la justicia.

Apoderóse de Lucy el vivo deseo de castigar á los asesinos de su padre, y pensó que ningún mal había en guardar silencio por pocos días. El fin justificaba los medios.

—Pues bien, lo prometo, dijo.

—¿Sinceramente, sin reservas de ninguna clase?

—Lo prometo con sinceridad. Ni mi propio marido sabrá una palabra.

—Voy á preparar las cosas sin pérdida de momento. Le escribiré á Vd. y deberá hallarse pronta á ir donde yo le diga. Ya sé que es Vd. animosa. Tan luego reciba mi carta, no pierda Vd. tiempo y haga lo que en ella le indique. No puede haber el menor peligro, porque donde quiera que Vd. vaya yo la acompañaré.

—Cuanto antes mejor, repuso Lucy, porque me será imposible pensar en otra cosa.

—¡Oh, sí! Es muy probable que cambie Vd. de parecer, y muy pronto, quizás dentro de media hora. Me verá Vd. injuriado, calumniado; se dirá Vd. que la engaño. Pero no me importa. De todos modos, recibirá Vd. una carta mía antes de dos días; si no sigue Vd. las instrucciones que en ella le dé, sabré muy bien cuál es la causa y por mi parte habrá terminado todo. Asunto es éste de la incumbencia de Vd., no mía.

—No le comprendo á Vd.

—Ya lo sé. Otros se encargarán de hacerla comprender cuando yo haya salido de aquí. ¿Recuerda Vd. mi nombre?

—Ciertamente, Jorge Manders.

—Sí, ese era el nombre con que Vd. me conoció. El otro, el verdadero nombre, lo oirá Vd. también muy pronto.

Lucy estaba atónita y muy lejos de figurarse la nueva personalidad de Manders.

—Pues bién, continuó éste, ya he dicho que nada me importa. Cuando yo le escriba, vaya Vd. ó no como le parezca. Crea todo lo malo que le digan de mí, excepto

que soy un impostor. Es una historia muy larga para contarla ahora, pero la sabrá Vd. en nuestra próxima entrevista. Y crea que deseo servirla en este asunto, por Vd., porque lo que es á mí poco me importa que ahorquen ó no al asesino de su padre. ¿No es así?

—Supongo que no, pero á mí me importa mucho.

—Pues confíe Vd. en mí y yo le proporcionaré el medio de conseguirlo. Soy cuanto malo puede ser un hombre: jugador, bebedor y todo lo que se quiera; pero puede Vd. confiar en mí.

Manders se retiró en seguida y Lucy empezó á pensar en todo lo que acababa de oir. No veía razón alguna para desconfiar de él, que la había amado un día, si bien por fortuna parecía curado de tan loca pasión, la cual no había sido por cierto el objeto de su visita. Sus explicaciones eran plausibles y confirmábanlas sus aluciones á la manera como había obtenido aquellos informes. No dudaba Lucy que Manders hubiese llevado una vida disipada en Londres y daba poco crédito á su pretendido arrepentimiento. Algo dejaban que desear sus explicaciones sobre la misteriosa conducta que había observado con ella, pero deseaba creerlo, ansiaba entregar al asesino de su padre á la justicia. Y Manders parecía muy capaz de procurarle esa satisfacción, cualesquiera que fuesen sus pasados extravíos y por mucho y muy malo que de él pudieran decir en lo futuro. Resolvió, pues, poner en él su confianza en lo que al asunto se refería, ya que él no podía tener interés alguno en engañarla sobre aquel punto concreto. Una vez resuelta, fué en busca de Josefina.

Esta se había encerrado en su cuarto con llave y cerrojo y Lucy llamó á la puerta.

—Déjame entrar, Josefina, dijo.

—¿Quién es? preguntó ésta cautelosamente.

—Yo, Lucy.

—¿Estás sola?

—Sí, abre.

—¿Me das tu palabra de que estás sola?

Lucy se preguntó si Josefina se habría vuelto loca.

—¿No te digo que aquí no hay nadie más que yo?

Josefina abrió la puerta tímidamente y lo primero que hizo fué mirar arriba y abajo de la escalera. No viendo señales de su temido enemigo, dejó entrar á Lucy, no sin echar otra vez llave á la puerta.

—¿De qué tienes miedo? preguntó Lucy sonriéndose.

—¿Se ha ido? ¡Dime! ¿Ha salido de la casa?

A Lucy le parecía imposible que se tratase de Jorge Manders.

—¿Que si se ha ido quién? preguntó.

—Ese malvado que te ha entretenido tanto tiempo, dijo Josefina con despreciativo acento.

—Sí, acaba de marcharse. Es un antiguo conocido á quien no había visto hacía algunos años. ¿Pero qué te pasa?

Josefina se había puesto de pie y la miraba fijamente, con una expresión que le causó profunda sorpresa.

—¡Oh, Lucy! exclamó, ¿por qué me has dicho tantas veces que no le conocías, que nunca le habías visto? ¡Y apenas se presenta casi te arrojas en sus brazos!

—Hazme el favor de explicarte, dijo Lucy tranquilamente. En primer lugar, no acostumbro arrojarme en brazos de nadie.

—¡Yo que he estado haciendo todo lo posible para ocultarme de él y tú lo recibes cordialmente, como á un antiguo amigo!

—Tú estás loca, Josefina. ¿Qué tiene que ver contigo ese caballero que acaba de visitarme?

—Mucho, por desgracia; como que es mi marido, el hombre á quien más desprecio en el mundo.

—¡Tu marido!

—Sí, mi marido, Daniel Bourchier, á quien tú nunca habías visto.

—Josefina, dijo Lucy, sin poder creer lo que oía, es imposible, te equivocas.

—Siento decirte que lo conozco demasiado para equivocarme. ¿No preguntó por mí?

—Ni siquiera mencionó tu nombre.

—¿Pues á qué vino?

—A verme á mí, dijo Lucy, que empezaba á comprender las misteriosas palabras de Manders pronunciadas poco antes de retirarse.

—Josefina, continuó, ¿estás segura de no equivocarte?

—Tan segura como de que soy su mujer. Es absurdo hablarme así. ¿Qué quería?

Lucy no contestó á esta pregunta.

—Cuando yo le conocí, repuso, se llamaba... No importa; un nombre completamente diferente. No me lo explico.

—Supongo que tendrá nombres á docenas.

—Sin embargo, fué tu padre quien te lo presentó como Daniel Bourchier.

—Sí, pero papá pudo ser engañado. ¡Oh, Lucy! no sabes cuánto me atormenta ver que tú le conoces y tienes relaciones con él. Dime cuanto sepas de él.

Lucy reflexionó y se dijo que el asunto iba complicándose á toda prisa. No podía explicar sus relaciones con el marido de Josefina sin decírselo todo á ésta y acababa de prometer que guardaría el secreto, á lo menos por algunos días. Preguntábase si aquel nuevo nombre sería efectivamente el de Manders, como éste le había asegurado de antemano. Podía ser un malvado sin ser un impostor. Quizás se había convertido en héroe de novela desde su separación, descubriendo que pertenecía á una familia distinta de la que hasta entonces le había dado su nombre. Por fin resolvió no decir nada á Josefina, ni aun al mismo Alain, por mucho que lo sintiese, hasta el fin de aquella semana. Josefina esperaba ansiosa su respuesta.

—No puedo describir mi asombro ni el estado de perplejidad en que me encuentro, repuso Lucy gravemente. Por el momento sólo puedo decirte, y tengo motivos para ello, que cuando yo conocí á ese hombre, tu marido, se hallaba en posición social muy diferente. Nos veíamos á menudo y nos tratamos con intimidad por mucho tiempo. Pronto te contaré todo lo que sé de su historia, pero por ahora nada más puedo decirte.

—Desde luego le diré á Alain que ha estado aquí, observó Josefina, muy poco satisfecha.

—Preferiría que no le hablases de ello, dijo Lucy tras un momento de reflexión, porque durante algunos días me veré obligada á darle la misma respuesta que á tí.

Josefina sintió despertarse en ella su antigua desconfianza, de la que nunca se había librado por completo.

—Me parece que Alain debería de saber exactamente quiénes son tus amigos, dijo con acento tal que Lucy se sintió á la vez pesarosa y sorprendida.

—En tal caso, no dejes de decírselo todo, repuso con frialdad.

Josefina vió que la había ofendido.

—¡Oh, Lucy! exclamó, no te enojes. ¡Soy tan desgraciada y además, tengo tanto temor! ¿No permitirás que vuelva aquí, verdad? Si te molesta mi permanencia en tu casa iré á Sorlán ó á la Casa Roja, pero no permitas que mi marido vuelva á entrar aquí.

El dolor de la pobre niña conmovió á Lucy, que la estrechó en sus brazos y le dió un beso.

—No, le dijo, nada temas. Puedes estar segura de que no pondrá otra vez los pies en esta casa.

—¿Cuándo volverá Alain? preguntó Josefina.

—Le espero pasado mañana, pero mañana tendremos carta suya.

—Quisiera que estuviese aquí ya, dijo Josefina.

—También yo, repuso Lucy, con tanta sinceridad, que Josefina se tranquilizó un poco.